



LA GRATITUD PARA CON LOS MAESTROS.

Reyes, ministros, sacerdotes, jueces y militares, todos sin excepcion estuvieron en su niñez bajo la tutela y direccion de un maestro que, á costa de mil trabajos y sinsabores, cual diestro lapidario, bruñó, por decirlo así, el precioso diamante de sus toscas inteligencias, para que cada una desde su órbita despidiera los rayos de luz y de justicia que para subsistir las sociedades tanto necesitan. Luégo de aquí se deduce naturalmente que todos deben consideraciones y especial reconocimiento al maestro; los discípulos, porque sin su auxilio no hubieran podido brillar en tan elevada esfera, y los que no lo son, porque participan de los inmensos beneficios de la buena educacion que aquéllos recibieran. ¿Hay cosa más justa? Sin embargo, ha habido y hay hombres tan salvajes (no merecen otro nombre) que han he-

cho del Mentor de la niñez un objeto de risa y de desprecio; sin embargo, ha habido y hay por desgracia discípulos que han tratado con la mayor inhumanidad á sus maestros. Abrid la historia y lo veréis; registrad los anales de la última revolucion hasta nuestros dias, y si amais la ciencia os vendrán impulsos de arrancar algunas páginas.

Júdas, el traidor Júdas, vendió á su divino Maestro por 30 monedas de plata.

Neron el inhumano, cuya crueldad pasó á proverbio, mandó desangrar en un baño al ilustre español Séneca, su director.

A S. Casiano, patron de las escuelas, le dieron martirio sus mismos discípulos, por órden de un tirano.

Sin más delito que por haber perdido la perspicacia de la vista en el espinoso camino de la enseñanza, se

ha mandado en nuestros tiempos á venerables profesores á implorar la caridad pública.

Pero ¿sabeis el fin trágico de estos verdugos? Júdas se ahorcó en una higuera; Neron se atravesó con una espada, ¿y los que atormentaron á S. Casiano? Desgraciado fin tambien tuvieron. ¡Qué cierto es que el que se aparta de la senda de la gratitud marcha precipitadamente á los abismos!

Así, niños, os encargo que mostréis la mayor gratitud y cariño á vuestros profesores, los cuales, haciendo veces de padres, os dirigen por el camino de la dicha, os instruyen para que nadie se burle de vuestra ignorancia y os inculcan las más saludables máximas, para que seáis hombres dignos y ciudadanos honrados, capaces de regir algun dia los destinos de la patria.

Imitad los siguientes modelos de acendrado amor hácia sus profesores, que llenan de orgullo la historia de sus pueblos.

Habiendo Pitágoras sabido que su maestro Ferécides se hallaba gravemente enfermo en la isla de Délos, se embarcó sin dilacion desde Italia para ir á visitarle. Así que llegó, mandó que se le suministrase cuanto necesitara, á costa suya; pero á los pocos dias murió. Inconsolable el discípulo, procuró dar sepultura á sus restos con toda solemnidad y pompa. Pagados los funerales regresó á Italia lleno de sentimiento, donde le guardó rigoroso luto por mucho tiempo.

Llorando Marco Aurelio, emperador, la muerte de su maestro, los palaciegos trataban de hacerle olvidar aquella prueba de cariño. El emperador Antonio Pío les dijo: «*Dejadle que sea humano, que ni la ciencia ni el imperio pueden ahogar los afectos.*»

El mismo M. Aurelio decia muchas veces: «*Gracias mil doy á Dios por haberme concedido buenos maestros y por haberlos elevado á los altos puestos que me parecia deseaban.*» En fin, los amó tanto que colocó sus estatuas entre las de su familia y honró sus sepulcros con flores y sacrificios. ¡Qué bien comprendieron estos hombres la gratitud y amor á que son acreedores los que nos educan!

Sentimientos feroces tiene el niño
Que á su digno maestro no respeta,
Obedece y socorre como á padre,
Por los bienes sin fin que le dispensa:
Él le instruye, le educa cariñoso;
Él celoso le traza rectas sendas,
Para que no tropiece inadvertido
En los muchos escollos que le cercan.
¿Que extraño que Alejandro, agradecido,
Tantas veces y tantas repitiera:
«*Si á mi padre, en verdad, debo la vida,
A Aristóteles debo la decencia?*»

LA INGRATITUD.

La ingratitud es el vicio más detestable que puede anidarse en el corazón humano. ¡No agradecer los favores! ¿Puede ni siquiera imaginarse cosa que más abominable, más vil y más despreciable haga á un hombre?

Entre los persas mirábase este vicio con tanto horror, que así como castigaban fuertemente al que no favorecía al prójimo, pudiendo, juzgaban también al ingrato indigno del cariño de los dioses, del cuidado de sus padres y del trato social con seres racionales, pues le consideraban de peores sentimientos que á las fieras montaraces, de las cuales preséntanos la historia tan maravillosos ejemplos de gratitud hácia sus bienhechores, que bueno será, niños queridos, que vosotros conozcais algunos, para que nunca jamas olvideis la mano benéfica que de cualquier justo modo os haya socorrido.

Apion, hombre ilustradísimo, refiere en uno de sus libros haber presenciado en Roma la siguiente horrorosa y conmovedora escena:

«Se daba, dice, en una espaciosa plaza un grande espectáculo de bestias, que peleaban con unos pobres sentenciados á la última pena. Había allí fieras de las más horripilantes formas; pero la que más horrorizaba era un corpulento leon, cuyo terrorífico rugido, furioso sacudimiento de sus guedejas y vista centelleante tenía como fascinados á todos los espectadores. Entre los muchos desgraciados que habían de luchar con ellas, hallábase un pobre esclavo llamado Androclo. Así que aquel leon le vió de léjos, quedóse como admirado, parado de repente; llégase en seguida hácia él pausadamente, mueve la cola dulcemente como un perro, festéjale lo mismo y por fin lame suavemente las heridas

y manos de aquel pobre sentenciado, casi exánime del miedo que le infundiera aquella fiera misteriosa. Ante aquellos halagos recobra ánimo Androclo y fija la vista en aquel verdugo á que estaba destinado para pasto. Se reconocen entónces mutuamente y convencidos ambos de que habían vivido juntos; allí era de ver con qué gozo se correspondían á sus festejos! Con tan inaudita maravilla prorumpe en vítores la confusa concurrencia; manda el César llamar á Androclo y le pregunta: «¿Por qué á tí solote ha perdonado ese ferocísimo leon?» Entónces el pobre esclavo explicó la maravilla en estos términos:

«Hallándose mi señor de Gobernador en África, era tan inhumano el trato que me daba; que me vi obligado á retirarme á los desiertos arenales de aquella provincia. Encontré una escondida cueva; entré en ella, y á poco tiempo se me presentó este leon con un pié cojo y ensangrentado, dando tan fuertes gemidos que manifestaba vivamente los acerbos dolores que sufría. A la primera vista creí segura la muerte; más después que le vi acercarse mansamente y como que quería enseñarme la herida que le atormentaba, me repuse y cobré fuerzas. Saquéle una grande espina que le vi en la planta; extrajéle el mucho pus que le atormentaba, y aliviado con esta operacion se echó y quedó dormido con la pata entre mis manos. Desde aquel dia hemos vivido juntos tres años; pues él me suministraba los mayores tro-

zos de las fieras que cazaba, las cuales tostaba al sol del mediodía, para comerlos. Mas cansado ya de vivir como las fieras, mientras salió un día el leon á caza abandoné la cueva. Despues de tres dias de jornada me hicieron prisionero los soldados; me trajeron desde África á Roma, donde está mi señor y al punto me sentenció á ser devorado de las fieras. Creo que así que abandoné la cueva fué tambien cogido este leon y traído aquí, para pagarme el beneficio que le hice en el desierto.» Apénas acabó de hablar Androclo fué absuelto y puesto en libertad á petición del pueblo, regalándole el leon, con el que, atado de una ligera correa, dió vuelta por la ciudad, recogiendo mucho dinero, entre estos repetidos aplausos: *¡Viva Androclo, el médico del leon! ¡Viva el leon huésped de Androclo!*

2.º El mismo Apion cuenta haber visto en tiempo de César Augusto un delfin que, criado con pan por un hijo de un pobre artesano, le llegó á tomar tanto cariño, que á cualquier hora que lo llamaba salia de lo más

profundo del rio en que habitaba, tomaba el alimento de su mano, y, recogiendo las aletas para no lastimarle, lo pasaba encima de su lomo á la otra parte del rio en que estaba la Academia, cuidando de volver por él para llevarlo á casa; cuyo oficio afirma el mismo sabio que lo desempeñó muchos años, hasta que muerto el jóven murió tambien el horrible pez, lleno de tristeza, en la misma orilla en que solia esperarle.

Ahora bien, niños queridos, si el leon y el delfin, guiados sólo por su instinto, tan bien supieron corresponder á sus bienhechores, nosotros, que somos la imágen de Dios, dotados de un alma que nos eleva sobre todos los seres; ¿serémos tan insensibles y tan ingratos que olvidemos la mano benéfica que se nos tienda en nuestras necesidades? No, queridos; no lo permita el cielo. Acordémonos siempre de estas palabras:

*Es punible ingratitude
Olvidar los beneficios,
Porque hasta las mismas fieras
Desconocen este vicio.*

JUAN CRUZ BUSTO.



MA 01

EL PASTOR Y LA OVEJA.

En el rebaño habia una oveja muy caprichosa y amiga de su libertad y de hacer su gusto en toda ocasion.

Y sucedió que un dia se perdió en una montaña, y cayó en un abismo de donde no hubiera podido salir, si el pastor, áun á riesgo de su vida,



no hubiera bajado á sacarla, bien que le costó un trabajo inmenso, y ella salió herida y el pastor todo lleno de contusiones.

Este ejemplo, queridos niños, os puede ser de utilidad. Tambien los

niños que desconocen la autoridad de sus padres y maestros y hacen en toda ocasion su capricho, se exponen á graves peligros y á ser desgraciados, y acaso á perder la vida y causar irremediables males á sus padres.



FUERZA Y MAÑA.

En union de dos perros de ganado
Un perrillo faldero
Habitaba una granja en despoblado,
Y en el hogar hallábase el primero,
Que él estaba esquilado y era Enero.

Los grandes le usurpaban con frecuencia
El sitio en que fijó su preferencia,
Y como era imposible y peligroso
Confíarle á la fuerza su derecho,
El perrillo en cuestion buscó afanoso
Cualquier recurso de mayor provecho.

Al fin lo halló: no bien sus compañeros
Le usurpaban su sitio, hácia la puerta

Corria dando aullidos lastimeros,
Cual indicando que él estaba alerta.

Los otros dos, los gritos escuchando,
Sin comprender la idea,
A la puerta de entrada iban ladrando,
Y el perrillo volvíase saltando
Junto á la chimenea.

*A fin de defender nuestro derecho
Es lícito y bien hecho,
Y en tierra de garbanzos nadie extraña,
Contra la fuerza desplegar la maña.*

M. OSSRIO Y BERNARD.

PAGAR EL MAL CON EL BIEN.

Hijos míos, la más hermosa, la más noble y la más difícil de todas las virtudes es el hacer bien á nuestros enemigos. El que tiene valor para hacer bien al que no le hizo sino mal, encuentra fácil el ejercicio de todas las demás virtudes. Haced bien á vuestro enemigo, reprimíos hasta ese punto y bien pronto os alegraréis de haberlo hecho; entónces conoceréis todo el precio de la victoria que habeis obtenido sobre vosotros mismos, os estimaréis en más y tendréis derecho á ello. Además os habeis vengado de vuestro enemigo del modo más noble y de la manera única que es permitido vengarse; lanzaréis de vuestro corazón el encono, y os consideraréis de tal modo supe-

riores á vuestro enemigo que ya no podréis aborrecerle. Si su corazón no está enteramente depravado no podrá ménos de haceros justicia, y aún de tener hácia vosotros en adelante tan buenos sentimientos como malos eran los que ántes habia tenido: si no viene á buscaros, parecerá más despreciable á los ojos de todos. En fin, el *apólogo* siguiente grabará para siempre en vuestras almas la nobleza de este sentimiento generoso. Un padre de familia, cargado de años y de riquezas, quiso arreglar de antemano la sucesion y dividir entre sus tres hijos el fruto de sus trabajos. Después de haber hecho tres partes iguales, « me queda, dijo, un diamante de gran precio, y lo

destino á aquel de vosotros que sepa merecerle mejor por una accion noble y generosa, y os doy tres meses de término para obtenerle.» Se dispersan los tres hijos; vuelven á reunirse al tiempo prescrito, y el mayor cuenta lo que sigue:

— Padre mio, en mi viaje hallé á un extranjero, á quien veia en circunstancias que le obligaron á confiarme toda su fortuna; no tenía seguro alguno mio por escrito, ni hubiera podido producir prueba ni el menor indicio del depósito; mas yo se lo devolví fielmente. Y esta fidelidad, ¿no es cosa digna de elogio?

— Tú hiciste, contestó el padre, lo que debias hacer: el que fuese capaz de proceder de otra manera, debería morir de vergüenza, porque la probidad es un deber; tu accion es de justicia, mas no de generosidad.

El hijo segundo se explicó en estos términos:

— Yo me encontré, durante mi viaje, á la orilla de un lago, en don-

de acababa de caerse un niño, que se hubiera ahogado sin mí; le saqué y le salvé la vida en presencia de los habitantes del lugar: ellos podrán testificar la verdad del hecho.

— Sea enhorabuena, interrumpió el padre; pero en esta accion no hay más que humanidad.

En fin, el último de los tres hermanos, tomando la palabra, dijo:

— Padre mio, yo encontré á mi mayor enemigo que, extraviado en la oscuridad de la noche, se habia quedado dormido á la orilla de un abismo: al menor movimiento que hubiera hecho al tiempo de despertar, no podria ménos de precipitarse; su vida estaba en mis manos, y por lo mismo puse el mayor cuidado en despertarle con las precauciones convenientes y le saqué de aquel peligro.

— ¡ Ah, hijo mio! exclamó el buen padre con entusiasmo y abrazándole; á tí, sin disputa, es debido el diamante. ¡ Tú lo supiste ganar!

C. CONTRERAS.



EL PRIMER PANTALÓN.

POEMA INFANTIL.

(Continuacion.)

Grande es la indignacion, grande el enojo
De la hermana discreta y cuidadosa,
Y cáusale sonrojo

La torpe accion del niño vergonzosa;
Y quiere castigarla, que en conciencia
Es justo que á la falta escandalosa

Siga la penitencia.

En un rincon del aposento oscuro
Ved al niño culpable,
Con la cara pegada junto al muro,
Llorando ya su falta irremediable,
En la misma actitud en que estaria

El primer Bonaparte

Despues de Waterlloo... ¿ Quién le diria
Que el pantalon, tan bueno y tan bonito,
En tan precario estado le veria?...
Ya no parece el chico un señorito,
Ya no luce su gracia y su donaire,



L. Frölich

Las piernas otra vez las tiene al aire,
Nadie puede admirar ya su apostura,
Y, en fin, en un momento
Sus sueños de ventura
Llevóselos el viento.
Pensando en su desdicha, rompe en llanto,
Que no de otra manera
Puede expresar su duelo y su quebranto;
Pero llora de un modo,
Manifiesta una pena tan profunda,

Que la hermanita al fin lo olvida todo;
Y si acaso pensó darle una tunda,
Al ver aquella accion tan sucia y fea,
Viendo su pena ahora,
Viendo que arrepentido gime y llora,
Perdonarle desea,
Que es su hermano menor..., y ella le adora.
Cógele de la mano, generosa
Le aparta del rincon, le da consuelo,
Y le limpia los ojos cariñosa

Con el blanco pañuelo,
Y le dice: — No llores, hijo mio,
Ya no estoy enfadada, ya me rio...
Lo hiciste sin querer y no pudiste

Remediarlo, lo sé... todo ha pasado,
No volverás á hacer ya lo que hiciste.
No llores, no, que estás ya perdonado;
Verás, yo lavaré los pantalones,



Y luego que estén secos te los pones.
—No quiero pantalon, dice el muchacho,
Ya el pantalon no quiero.— [cho
No es extraño, en verdad, que le dé empa-

Ponerse un pantalon que le recuerda
La pena más profunda que ha tenido
Y el más fuerte dolor que ha padecido.
(Se continuará.)



LOS TRES LEGADOS.

(Continuacion.)

El Rey no puede pasar sin mí; la Reina me quiere entrañablemente; mi esposa me adora; los príncipes me hacen su confidente; los magnates me respetan y reverencian; el ejército me victorea; el pueblo me venera y los desdichados me miran como á su providencia. Yo entre tanto vivo alegre y satisfecho, dedicado al estudio y á la observacion, sin entregarme á la vanidad ni rendirme á la adulacion. Trabajo y no poco me ha costado el conseguir que el Rey me dé licencia para acudir á esta cita que os tenía dada; pero se me ha impuesto la condicion de no detenerme aquí más que dos dias. Tambien me ha costado trabajo el disuadir á Coralina que hoy es la mujer más hacendosa y activa, del firme propósito que tenía de acompañarme en este viaje, y si no he accedido á ello ha sido por evitarle las molestias de tan larga peregrinacion. Aquí teneis toda la historia de mi prosperidad, y á vuestra vista el hombre más dichoso de la tierra, el más dichoso, porque nada echa de ménos.

VI.

LA SIERRA MARAVILLOSA.

Así terminó la historia de Floro que sus hermanos habian escuchado con la mayor atencion. Pasada una

breve pausa tomó la palabra Antonio y en estos términos principió la narracion de sus aventuras.

« Aunque yo no puedo referir tantas grandezas ni maravillas con la relacion de mi esplendor ni mis suntuosidades, no por eso me considero ménos feliz que Floro, ni cambiaria mi modesta posicion por todas las deslumbradoras riquezas que Octavio lora perdidas.

Partí de esta quinta, como sabeis, el mismo dia que vosotros, tomando diferente camino del que emprendisteis, sin llevar más caudal ni más esperanza que la seguridad de proporcionarme lo necesario para llenar mis humildes aspiraciones, con la pequeña sierra que me legó nuestro padre y á cuyos afilados dientes no hay materia tan ténue ni tan dura que se resista.

No me preocupaba la falta de dinero; gracias á mi firme propósito de trabajar, sabía que en cualquier parte encontraria el pedazo de pan que para mi subsistencia necesitaba. Llegué aquella misma tarde á un espeso bosque de árboles corpulentos y altísimos, y al entrar en él llegaron á mis oidos los repetidos golpes que el eco remedaba, y con los cuales diferentes hachas manejadas sin duda por brazos robustos probaban á abatir algunos de aquellos arboles, secu-

lares. Guiado por el ruido de ellos llegué á un sitio en que diez ó doce hombres armados de grandes y aceradas hachas se ocupaban con afanoso ardor en cortar por el pié varios arboles de los más altos y derechos. En medio de todos ellos habia uno que parecia capataz de los trabajadores y que no hacía más que dictar sus disposiciones. Me acerqué allí, les dí las buenas tardes, y con pretexto de pedirles un poco de agua me detuve á mirarlos con atencion.

El que inspeccionaba la corta me examinó de piés á cabeza y me dijo con cierto desden.

—No te comprometerias tú, muchacho, á derribar uno de esos árboles en todo un dia.

—¿Quién sabe? le contesté; tal vez si probára lo conseguiria, aunque parecen duros como piedras, y no tienen mucha gana de medir el suelo.

—Tanta como tú de empuñar un hacha y mellarla en uno de esos troncos.

—¡Bah! si me lo pagáran bien, puede que probase mis fuerzas.

—Puedes hacerlo, yo te pagaré tu trabajo; precisamente necesitamos derribar cien árboles á la mayor brevedad, para que la construccion del castillo que se está edificando al lado del rio no tenga que pararse por falta de madera. Aquí no deseamos más que mozos robustos dispuestos á trabajar.

—Y decidme, señor, le pregunté, ¿cuánto me pagaréis por cada árbol que os derribe?

—Debo advertirte que yo he de

marcarlos y escogerlos, con esa condicion puedo pagarte cuatro pesetas por cada uno que echas al suelo..... vamos á ver si eres valiente y en dos dias haces caer á uno de esos gigantes.

—¡Cuatro pesetas por cada uno!.... me conviene el trato : esta noche me daréis cuarenta pesetas.....

—¿Cómo! ¿quieres que te adelante el trabajo de tres semanas?

—Nada de eso, quiero que me pagueis cada noche el trabajo que haya hecho durante el dia, y como esta tarde pienso derribar diez árboles... Todos los presentes soltaron la carcajada y toméndolo á diversion me animaron á emprender mi obra. El capataz me señaló varios arboles marcados ya y me alargó un hacha pesada invitándome á principiar mi tarea.

—Ese instrumento de nada me sirve, contesté, tengo yo otro mejor.

En medio de la general algazara saqué mi sierrecita; todos los trabajadores suspendieron su obra para divertirse á costa de mi estupidez, porque sin duda me tomaron por un idiota, al oir que con aquella sierrecilla queria cortar en tres horas diez de aquellos árboles gigantes. Pero sus zumbas y sus chanzonetas se trocaron en estupor y asombro al ver con que facilidad en ménos de diez minutos hice caer con estrépito quebrando las ramas de los árboles que le rodeaban, á uno de los más corpulentos, que con ruido formidable hizo retemblar el bosque al derrumbarse. Todos se apartaron á largo trecho con espanto, y yo sin darme por en-

tendido continué en mi tarea hasta tener tendidos en el suelo los diez árboles que habia prometido cortar. Entónces volví á guardar mi sierra tranquilamente y sin necesidad de limpiarme el sudor me senté sereno y alegre sobre uno de los troncos de los gigantes del bosque abatidos por mi brazo.

Cuál sería la supersticiosa admiracion de aquellos hombres, vosotros lo podréis comprender; yo os diré solamente que no volvieron á reirse ni á chancearse conmigo, y que sólo me miraban á hurtadillas con cierto recelo temeroso. Dormí con ellos aquella noche en una granja donde guardaban sus herramientas y les preparaban la comida, y el que hacía de jefe ó inspector me pagó religiosamente las cuarenta pesetas que importaba mi trabajo de aquel dia, invitándome á que me quedára á trabajar á sus órdenes, pues necesitaba con urgencia que se cortára un gran número de árboles de los más gruesos y largos para armar la techumbre de un castillo que por orden de un gran señor se estaba edificando no léjos de allí. Acepté gustoso sus proposiciones, y en cuatro dias que permanecí en el bosque derribé sin fatigarme, como comprenderéis, un centenar de árboles magníficos, mientras el resto de los trabajadores se dedicaba á desmochar los troncos de los que yo abatía, despojándolos de las ramas y preparándolos de este modo para que sirvieran de vigas maestras en la techumbre del castillo que se estaba construyendo. Fuí presentado

al dueño del castillo que llegó un dia de aquellos para inspeccionar las obras, y que tuvo la curiosidad de verme segar los árboles gigantes como pudiera segar frágiles cañas. Hizo que me pagáran á razon del precio que habia contratado, y además me dió una gratificacion, de manera que al quinto dia me despedí de aquellas gentes llevando una bolsa bien repleta.

Aunque me lo rogaron no quise quedarme á trabajar en las obras del castillo por más tiempo, pues lo que yo deseaba era correr tierras para saciar mi curiosidad y estudiar diferentes usos y costumbres. Continuando mi peregrinacion me hallé á los pocos dias, sin saber cómo, á la vista de dos ejércitos que daban una gran batalla disputándose la victoria con encarnizamiento. Dí un rodeo para no encontrarme en el campo de la pelea y atravesé un puente de madera que unia las dos riberas de un caudaloso rio. Cuando hube pasado el puente me detuve para observar desde léjos la batalla que se daba á mis espaldas, y vi que uno de los ejércitos se declaraba en confusa derrota y huia precipitadamente viniendo en direccion del rio. Revueltos unos con otros jinetes y peones atravesaron el puente en la más lastimosa confusion. El ejército vencedor marchaba ordenadamente en pos de ellos, picándoles la retaguardia y en disposicion de acabar de destrozar las desordenadas huestes de los vencidos. Vi que varios caballeros, que sin duda eran los jefes de éstos, se detuvieron

luégo que sus soldados habian pasado el puente, y procurando reunir algunos de ellos, los más fuertes trataban de hacer cortar el puente para que el enemigo que los perseguia no pudiera franquearlo y acabar con los fugitivos.

Se reunieron algunos armados de hachas y principiaron con desesperado coraje á descargar furiosos golpes sobre los fuertes maderos que por aquel lado sostenian el puente: la obra de éste era por desgracia de los fugitivos demasiado sólida, y se necesitaba para inutilizarla más tiempo del que los vencedores habian de tardar en llegar á la opuesta orilla y franquear el puente: en efecto, ya las avanzadas se hallaban cerca de la cabeza del puente, y la obra de los que trabajaban por derribarle adelantaba poco.

Entónces yo creí que sería meritorio y caritativo en extremo el evitar que los perseguidores llegasen á encarnizarse en las desbandadas huestes de los vencidos, que lo hubieran logrado sin duda si el puente no se derribaba inmediatamente. Me acerqué al que parecia general y que colocado á la entrada del puente animaba con grandes voces á los que descargaban sus hachas sobre los duros maderos, y le dije:

— Señor, si V. me lo permite ayudaré á vuestros hacheros á cortar el puente:

Me miró desde lo alto del caballo, con cierto desden compasivo, y contestó:

— Puedes hacer lo que quieras,

muchacho, pero creo que tu auxilio nos servirá de poco.

Sin aguardar más me arrodillé á la extremidad de una de las barandas del puente y empuñando mi sierra principié á trabajar con todo el coraje de que era capaz: la mitad de un cuarto de hora necesité nada más para conseguir que el pesado puente cayera con formidable estrépito entre las espumosas olas del caudaloso rio. Los enemigos, que en aquel momento llegaban á la opuesta orilla y ponian ya el pié en la otra extremidad del puente, retrocedieron espantados al sentir que les faltaba apoyo, y se quedaron atónitos en el primer momento, desahogando despues su impotente cólera en furiosa gritería viendo que el ancho y profundo rio, que ya no podian atravesar, se interponia entre ellos y los derrotados restos del ejército contrario.

Seguro estoy de que en aquella ocasion salvé la vida á infinitos desgraciados, pues sin mi ayuda el puente no se hubiera cortado, y los vencedores lo habrian atravesado y hubieran caido con formidable empuje sobre un ejército ya desbandado y aterrado, acuchillando y matando á su satisfaccion á multitud de hombres la mayor parte de los cuales habian arrojado las armas para huir con más prontitud.

El general, que ántes me habia hablado con tanto desden, me llamó con grandísimo interes, se adelantó hácia mí en medio de sus principales oficiales, y alargándome la mano exclamó:

—Eres un valiente, muchacho :¿ cómo te llamas?

—Antonio, le contesté.

—Pues bien, Antonio, monta á caballo y no te apartes de mí.

Hizo que me dieran un caballo, en el cual monté, y despues dió con la mayor actividad las órdenes necesarias para reorganizar sus desorganizadas huestes, lo que al fin se consiguió, pues viendo los soldados cortado el puente y seguros de que el enemigo no podia perseguirlos, fueron recobrando la serenidad perdida y entraron de nuevo en la obediencia de sus jefes. La retirada se hizo, pues, con tranquilidad y ordenadamente: los heridos que habian podido pasar el puente fueron auxiliados, y colocados en los caballos aquellos que por su pié no podian seguir al ejército. Yo no me apartaba del general, y en pos de él y mezclado entre sus oficiales de más categoría seguí el camino que tomó el ejército. ¡Cuántos motivos hallé para hacer tristes consideraciones sobre las funestas consecuencias de la guerra, en que los hombres, apagados sus fraternales instintos, luchan entre sí como fieras salvajes y se destrozan encarnizadamente sin motivos para resentimientos personales y sin conocerse siquiera! Vi á la mayor parte de los soldados, hambrientos y fatigados; otros con una pierna vendada, con la cabeza entrapajada, con un brazo dislocado, seguir afanosamente y sacando fuerzas de flaqueza á sus compañeros; otros, que no podian ir por su pié, conducidos en los

caballos lanzando lastimosos gemidos, casi todos manchados de sangre, con la ropa destrozada, pálidos y macilentos. Los que iban sanos se referian entre sí los variados incidentes de la batalla y recordaban los nombres de los desgraciados compañeros que quedaban tendidos en el campo y que la noche anterior todavía bebían y cantaban alegremente en su compañía.

Trabé conversacion con algunos de los soldados de nuestra escolta y procuré averiguar cuál era el motivo de la guerra. Me dijeron que su rey y el monarca de la nacion fronteriza eran primos hermanos; que éste último, muy aficionado á la caza, se habia entrado un dia con sus monteros en un monte que era ya del territorio de su primo, persiguiendo á un corzo, y que ya dentro de las fronteras le habia alcanzado y dado muerte, llevándose despues: que ofendido su primo y aliado por esta falta de cortesía y esta osada invasion le habia mandado un embajador extraordinario pidiéndole una satisfaccion por semejante atropello; que el otro en lugar de darla, reconociendo su falta, habia recibido al embajador con altanería y hasta le habia encarcelado á pretexto de que al hablarle le habia faltado al respeto, y que este nuevo insulto habia motivado una declaracion de guerra. Tres meses hacía que ésta se habia empezado y cinco batallas reñidísimas se habian dado ya. En ellas habian perecido algunos centenares de hombres, muchas esposas habian quedado viudas, mu-

chas madres sin el apoyo de sus hijos, muchos niños inocentes huérfanos y desamparados, extensos campos se habian talado, muchas mieses en las que los labradores fundaban sus esperanzas habian sido incendiadas..... ¿Y por qué? ¡Por un corzo muerto á mil pasos más allá de lo que la línea de la frontera permitia!

Por la noche llegamos á una ciudad en donde el Rey aguardaba noticias de la batalla y entretenia su imaginacion jugando al ajedrez con su primer ministro.

Grande fué su pesar cuando supo el funesto resultado de la última batalla, y como al darle cuenta de la retirada le hablaron de mí refiriéndole la prontitud con que habia cortado el puente salvando los restos de su ejército destrozado, tuvo curiosidad de conocerme. El general en jefe me presentó á él, haciendo los mayores elogios de mi serenidad y mi destreza. El Rey se dignó dirigirme algunas palabras alhagüeñas y prometerme que recompensaria mis servicios.

Nada, sin embargo me dió; pero el general me llevó á su propio alojamiento, me dió un bolsillo lleno de monedas de plata y oro y me conservó á su servicio. Hacíanse mientras tanto preparativos para reunir un ejército más numeroso y salir al en-

cuentro del enemigo, en la creencia de que se facilitaria por cualquier medio el paso del rio y querria proseguir su marcha victoriosa. Segun pude saber por las conversaciones que oia, el Rey se hallaba sumamente inquieto, presumiendo que el enemigo no tardaria en llegar á poner sitio á aquella ciudad, que no tenía las mejores condiciones estratégicas para resistir un asedio. No era aquella la capital de su reino, que se encontraba á dos jornadas de distancia, pero era una ciudad populosa, de mucho comercio, y por lo tanto muy rica.

Como sus fortificaciones no eran las mejores, se principiaron á construir á toda prisa algunas defensas que consistian en grandes parapetos y fuertes empalizadas que se levantaban bajo la direccion de un hábil ingeniero. Yo estaba ocupado en estos trabajos y me dedicaba á cortar los árboles de una gran alameda, para que sirvieran en la construccion de aquellas fortificaciones improvisadas. El Rey, que acostumbraba á salir á paseo un rato todas las tardes para inspeccionar las obras, se detenia siempre que pasaba á verme segar árboles con tanta rapidez.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.



A LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA.

Primero que el orbe del cáos surgiese
Y fuesen los cielos y fuese la luz,
Primero que el Angel las alas abriese,
De Dios el encanto y delicia eras tú.

*Tú sola, mi vida,
De gracia eres llena,
Paloma escogida,
Celeste azucena.*

El peso y medida fijado áun no habia,
Ni el astro su ruta, ni lindes al mar;
Ni el rio de flores el valle ceñia,
Ni el monte áun mostraba su frente imperial.

*Tú sola, mi vida,
De gracia eres llena,
Paloma escogida,
Celeste azucena.*

Para tus piés bellos formó Dios la luna,
Tejióte el vestido con rayos del sol;
Para esa tu frente, pura cual ninguna,
Creó doce estrellas de ardiente esplendor.

*Tú sola, mi vida,
De gracia eres llena,
Paloma escogida,
Celeste azucena.*

Clamó al contemplarte: «De cielos y tierra
La más primorosa criatura serás;
No habrá en tí pecado, ni contra tí guerra
Mover el infierno rebelde podrá.»

*Tú sola, mi vida,
De gracia eres llena,
Paloma escogida,
Celeste azucena.*

»De amor viva hoguera será tu amor tanto,
Que amar cual tú nunca podrá el Serafin;
Gozoso en tí mora mi Espiritu Santo,
Sé tú de mi Verbo precioso viril.»

*Tú sola, mi vida,
De gracia eres llena,
Paloma escogida,
Celeste azucena.*

Ved como la tierra, ya madre fecunda,
Primicias y galas derrama doquier;
Ved como el espacio la luz todo inunda,
Ved como impotente se agita Luzbel.

*Tú sola, mi vida,
De gracia eres llena,
Paloma escogida,
Celeste azucena.*

J. COLL Y VEHÍ.

Á LOS SUSCRITORES.

Agradecerémos á los suscritores de provincias cuyo abono termine en fin de año, que lo renueven en el presente mes, dirigiendo la suscripcion en carta, con el importe en libranza, á D. Carlos Frontaura.—Madrid.

Esta renovacion, ántes de concluir el año, facilita y simplifica las operaciones de Administracion para el mejor servicio de nuestros suscritores.